

CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO.

La Plaza de San Juan de Letrán.—El Obelisco.—La Basílica.—El Palacio.—El Museo profano.—El Museo cristiano.—La Galería de los cuadros.—La sala de los Concilios.—El Bautisterio de Constantino.

HABÍA en la antigua Roma un cuartel que se llamaba el Laterano, cuyo nombre se derivaba de Plautio Laterano, que allí tenía su palacio. Por eso la plaza que en ese cuartel está formada, se llama de San Juan *in Laterano*, refiriéndose al antiguo origen y á la basílica en ella situada, que Lucio II consagró á San Juan Bautista y á San Juan Evangelista.

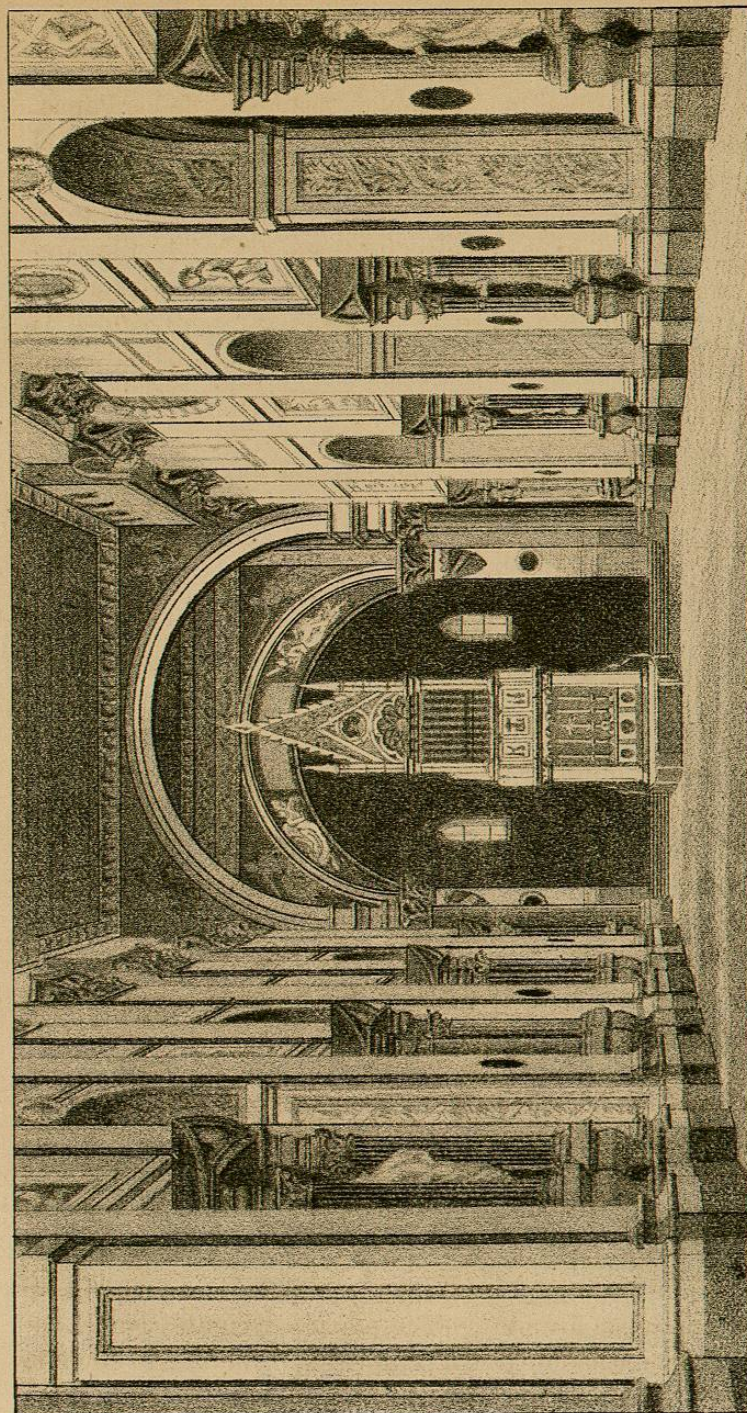
En el centro de esta plaza se admira el obelisco más grande que hay en Roma. Este monumento, erigido en Thebas, en el Alto Egipto, por Theutmosis II, fué trasladado á Italia por Constantino el Grande, quien lo hizo conducir por el Nilo al puerto de Alejandría, y de allí embarcar para llevarlo á Roma. Muerto Constantino, su hijo Constancio, mandó erigir el monumento en el Circo Máximo. Arruinado más tarde aquel Circo, el monolito quedó sepultado entre los escombros, á ocho metros de profundidad, hasta que Sixto V lo hizo desenterrar, dividido en tres partes, y encargando su restauración á Domingo Fontana, fué colocado en el sitio en que ahora se encuentra. Es de granito rojo; aparece cubierto de geroglíficos, y su altura mide 31 metros, 77 centímetros, sin la base y el pedestal.

En la plaza se hallan la basílica y el palacio que llevan su nombre. Este último fué la primera residencia de los Papas. Habiendo sufrido considerable deterioro en un incendio, el Pontífice Sixto V ordenó su demolición, haciendo levantar en el mismo sitio el palacio que hoy existe, y sufrió importantes restauraciones bajo el gobierno de Gregorio XVI. Llegaremos primero á la basílica y después visitaremos el palacio.

Bien conocida es la historia de esta soberbia basílica, la Catedral del Sumo Pontífice y la iglesia matriz del universo. Edificada por Constantino en el siglo III, subsistió en su primitiva forma casi mil años. Destruída en su mayor parte á consecuencia de un incendio en 1308, el Papa Clemente V, que residía entonces en Aviñón, dispuso fuera reedificada, enviando para ello una suma considerable de dinero, con el cual se procedió á la obra, que continuaron Urbano V y Alejandro VI. Pío IV la embelleció y Sixto V agregó á la fachada un doble pórtico, según el proyecto y bajo la dirección de Fontana.

Por este pórtico no entraremos en la iglesia; estudiaremos á la salida las pinturas de arabescos que decoran sus paredes, y la estatua de Enrique IV, rey de Francia, que se ve en la extremidad izquierda, y fué erigida por el Cabildo en reconocimiento á los Beneficios que dispensó á la Iglesia como su insigne bienhechor.

La gran fachada de San Juan de Letrán es la que mandó levantar Clemente XII y embelleció Pío IX; una de las mejores obras de arquitectura que se conocen. Construida en travertino, está decorada con cuatro grandes columnas y seis pilastras de orden compuesto. La cornisa recibe una elegante balaustrada sobre la cual se levantan once estatuas de diversos santos, de tamaño colosal; siendo la del Salvador la que está en el centro. Entre las pilastras y las columnas hay cinco balcones, de los cuales el de en medio estaba destinado á las bendiciones papales. Cinco entradas de la soberbia fachada conducen á un magnífico pórtico decorado con 24 columnas de mármol de orden compuesto. En el fondo se ve la estatua colosal de Constantino el Grande, que fué encontrada



IGLESIA DE SAN JUAN DE LETRAN.

en sus térmas. Cinco puertas también, dan entrada á la basílica; la última del lado derecho es la puerta santa, que se abre solamente en el año del Jubileo; la del centro es de bronce y se cree perteneció á la basílica Emilia; fué trasladada de la iglesia de San Adriano á San Juan de Letrán, por orden de Alejandro VII. Sobre las puertas se destacan espléndidos bajo-relieves que representan episodios de la vida de San Juan Bautista, ejecutados por artistas distinguidos.

Sorprendente es el aspecto del interior de esta basílica, cuyo cuerpo principal consta de cinco amplísimas naves de muy bellas proporciones y decoradas con asombrosa magnificencia. El crucero forma otra extensa nave, y detrás del ábside que limita la del centro, hay una semicircular elegantísima que se supone fué antiguamente un pórtico abierto. Las cinco naves del cuerpo de la iglesia, están divididas por cuatro hileras de pilastras, de las cuales, las que separan la central de las laterales inmediatas, están unidas por gruesos macizos que construyó el arquitecto Borromini, quedando abiertas en los espacios que comprenden, cinco altísimas arcadas, y corresponden á otras tantas capillas que se hallan de cada lado. En el centro de esos macizos, están incrustados unos elegantes nichos adornados con dos columnas de verde antiguo, y en cada uno de ellos hay una estatua colosal de mármol que representa á uno de los doce Apóstoles, ejecutadas todas por artistas de gran nombradía, siendo las más notables, Santo Tomás y San Bartolomé, del escultor francés Le Gros. Arriba de los nichos hay unos bajo-relieves que representan, los de la derecha, diversos pasajes del Nuevo Testamento, y los de la izquierda de la antigua ley.

Sobre estos bajo-relieves hay igual número de cuadros, de forma elíptica, de los más afamados pintores del siglo XVIII, representando á los profetas.

Descansando en el magnífico entablamento que sustentan las pilastras de la nave principal, se extiende una soberbia techumbre de madera, cuyo dibujo se asegura fué obra de Miguel Angel, y ha sido adornado en los siglos posteriores con bellísimas decoraciones de estuco y dorados.

Acabando de recorrer la nave central, se pasa bajo un arco elevadísimo sostenido por dos gigantescas columnas de granito rojo oriental, y se entra en la nave del crucero, en cuyo centro se alza majestuoso el magnífico tabernáculo gótico, debajo del cual está el altar pontificio que guarda las cabezas de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y unas insignes reliquias del Salvador, la túnica manchada con su preciosa sangre y la tohalla con que enjugó los pies á sus discípulos en la memorable ceremonia del Lavatorio. El insigne Papa Pío IX, cuyo nombre se lee en Roma á cada paso en los monumentos antiguos y en las construcciones modernas, hizo restaurar cuidadosamente el precioso tabernáculo, que se hallaba muy deteriorado, con especialidad las bellas pinturas que lo adornan por dentro y por fuera.

Debajo del altar existe una pequeña capilla que nombran la "Confesión de San Juan Evangelista," renovada por orden del mismo Pontífice, quien mandó hacer también la doble escalera que á ella conduce. Al pie de esta escalera se halla la tumba de Martín V, en la cual es muy notable la estatua de bronce que la corona y fué ejecutada por Simón Donatello, escultor florentino muy estimado.

El gran ábside que sirve de fondo á la nave principal, había sido conservado con sus antiguas decoraciones, que eran uno de los preciosos restos del arte en la Edad media. La bóveda estaba cubierta con el magnífico mosaico que Nicolás IV hizo ejecutar en 1291 por Fray Jacobo *Torríta ó Turrita*, ayudado de otro Jacobo *Camerino*. Recientemente se han emprendido grandes trabajos de restauración en esta parte de la basílica, y se ha hecho desaparecer mucho de lo antiguo que conservaba; y si bien la decoración moderna no carece de mérito ni de belleza, es lamentable que no haya sido respetado uno de los monumentos que la barbarie clásica de los siglos XVI y XVII no se había atrevido á tocar.

A la derecha del tabernáculo gótico en el fondo del crucero, se halla el magnífico altar del Santísimo Sacramento, obra de Pedro Pablo Olivieri. Está decorado con un tabernáculo enriquecido con incrustaciones de piedras preciosas,

y colocado en medio de cuatro bellas columnas de verde antiguo. El gran frontón y la cornisa de bronce dorado descansan sobre cuatro columnas del mismo metal, de orden compuesto. Díjonos el guía que en este altar se halla encerrada la mesa en que celebró el Salvador la última Cena, venerabilísima reliquia que no nos fué permitido ver. Son muy notables en este mismo altar las cuatro estatuas de mármol que representan á Elías, Moisés, Melquisedec y Aarón, y entre las pinturas, la Ascensión del Señor, por el Caballero de Arpino.

La capilla del coro, que se halla también en el crucero, es digna de admirar por la magnífica sillería de nogal, adornada con estatuas y tallados de gran mérito, y por el sepulcro de Lucrecia Tomacelli, notable por lo exquisito de los mármoles de que fué formado.

La nave semicircular que está á la espalda del ábside, decorada al estilo moderno, merece visitarse por las tumbas de algunos artistas célebres que allí se hallan sepultados; entre otras las de Galilei, arquitecto de la fachada de la basílica, Andrés Sacchi, y el Caballero de Arpino.

En la extremidad de la nave del crucero, frente al altar del Sacramento está la puerta lateral de la basílica, y sobre ella se ve un órgano que sustentan dos riquísimas columnas de amarillo antiguo, acanaladas, de nueve metros de altura, las más bellas acaso que se conocen, á juicio de los inteligentes.

Después de recorrer las naves del suntuoso templo, es necesario visitar las capillas que se hallan en las laterales. La más rica, la más magnífica, no solamente de la basílica sino acaso de Roma, es la llamada *Corsini*, que fué erigida por el Papa Clemente XII en honor de su abuelo San Andrés Corsini. La decoración es de orden corintio, y está revestida de preciosos mármoles. Sobre el altar, entre dos soberbias columnas de verde antiguo, se ve un cuadro de mosaico que representa á San Andrés, copia de una célebre pintura de Guido Reni, que está en la galería Barberini. Sobre el frontón se admiran dos bellas estatuas de la Inocencia y la Penitencia esculpidas por Pimellotti. En el lado del

Evangelio llama la atención la soberbia tumba de Clemente XII, adornada con dos bellas columnas de pórvido, y en medio está la magnífica urna antigua que se hallaba en el pórtico del Pantheon, y se cree guardaba los restos de Agripa. Enfrente de esta tumba se halla la del Cardenal Neri Corsini, tío de Clemente XII; la estatua que corona el monumento representa al Cardenal acompañado de un niño y de la figura de la Religión, formando los tres un grupo interesantísimo. Hay incrustados cuatro elegantes nichos en las paredes, ostentando bellísimas representaciones de la Templanza, la Fortaleza, la Prudencia y la Justicia. La cúpula está suntuosamente decorada con soberbios estucos; el pavimento cubierto con muy escogidos mármoles, y la reja que cierra la entrada es de bronce dorado.

La capilla de la familia Torlonia es también lujosísima, aunque de estilo moderno, pues fué acabada su decoración en 1850. Adornan sus paredes elegantísimas pilastras de mármol de orden corintio, que reciben una bella cornisa también de mármoles exquisitos. La cúpula está decorada con cajones y relieves de estuco; el pavimento es de precioso mosaico. Sobre el altar, enriquecido con mármoles y broncees dorados, se admira un alto-relieve, el Descendimiento, en mármol de Carrara, obra maestra de Tenerani. A los lados del altar las virtudes de la Templanza, la Fortaleza, la Prudencia y la Justicia, representadas en hermosas figuras de mujeres, se ven colocadas en nichos embutidos en las paredes. Las pechinas de la cúpula ostentan abultados relieves en mármol con los cuatro Evangelistas. Dos tumbas magníficas encierra esta capilla, la de Juan Torlonia y la de su mujer la Duquesa Ana. El enverjado es de bronce de muy artística ejecución.

De menor riqueza que las dos capillas expresadas, aunque no destituidas de mérito, son las restantes, entre las que mencionaremos la llamada *Ceva* que ostenta un precioso cuadro de la Asunción de la Virgen, escuela de Giotto, y encierra cuatro soberbias tumbas de Cardenales.

No debe salirse de la basílica sin detenerse á contemplar

los magníficos monumentos sepulcrales de los célebres Pontífices Silvestre II y Alejandro III, que se hallan en la nave lateral de la izquierda, y una preciosa pintura de Giotto, que representa á Bonifacio VIII entre dos Cardenales publicando el jubileo del año 1300.

Antes de abandonar la basílica, es necesario visitar la sacristía para admirar un bello cuadro de la Anunciación, que fué pintado por Venusti bajo el dibujo de Miguel Angel, y ver algunos objetos muy curiosos, entre los cuales mencionaremos las pequeñas estatuas del siglo XV que se hallaban decorando la iglesia antes de su restauración, una capa pluvial del siglo V y un cuadro muy estimado que se atribuye á Masaccio, pintor florentino que brilló en la primera mitad del siglo décimoquinto.

El sacristán nos condujo á un precioso claustro anexo á la basílica, construido en el siglo XIII. Los pórticos que lo adornan se componen de arcadas de muy raro estilo, sostenidas en dobles columnas de mármol de forma espiral, muy bien conservadas. Está reparándose en la actualidad lo que de este edificio se hallaba deteriorado. Muchos objetos curiosos de la Edad media se encuentran en este claustro, como estatuas, restos de monumentos, etc.

Dejando la basílica pasaremos á visitar el Palacio de San Juan de Letrán, que encierra una considerable y preciosa colección de antiguas inscripciones cristianas, y gran número de objetos de suprema importancia para el estudio de la antigüedad y de las artes. Contiene dos museos, uno sagrado y otro profano, y una galería de cuadros. Entraremos por la gran puerta de la fachada principal, y conducidos por un guía vestido de uniforme, que nos recibirá dirigiéndonos mil cumplimientos, para granjearse una buena propina, comenzaremos nuestra visita por el museo profano.

Este departamento del palacio fué fundado por Gregorio XVI y enriquecido por Pío IX, quien trabajó empeñosamente en mejorarlo y hacerlo cada día más interesante. La primera sala de este museo tiene como muy notable el pavimen-

to, que lo adorna un antiguo mosaico en que se hallan representados tres hombres ejercitándose en el pugilato. Entre las preciosidades que contiene esta sala, llaman la atención principalmente los bajo-relieves, de los que sólo mencionaremos algunos de los más interesantes. En la pared en donde está la puerta de entrada, veremos con admiración el que representa á Jaso y Medea, á cuyo asunto aluden el árbol y el dragón que aparece entre sus ramas; después la escena de dos pugiles que son designados por los anticuarios con los nombres de *Dares* y *Entellus*, mármol precioso, que mereció ser dibujado por Rafael, y grabado en cobre por el célebre Marco Antonio. Proveniente del Foro de Trajano hay otro bajo-relieve que hace ver á este emperador rodeado de los liectores y otros personajes. No puede mirarse con indiferencia el que representa una hermosa ninfa dando de beber á Baco, todavía niño. Enfrente de este bajo-relieve, hay otro notabilísimo: los amores de Marte y Rhea Silvia, y los de Diana y Endimión. Casi todos los monumentos que adornan esta primera pieza, proceden de las antiguas salas de los Borgia, en el Vaticano, de donde fueron sacados por orden de Pío IX. El santo Pontífice puso especial estudio en que fuesen espurgados los departamentos de la residencia papal de todos aquellos objetos de arte que pudiesen de alguna manera escandalizar á los visitantes.

La segunda sala contiene una soberbia colección de fragmentos de arquitectura y ornamentación, que provienen de las mismas salas de los Borgia. Estos mármoles, verdaderamente preciosos por la elegancia del cincelado y la delicadeza en la ejecución, hacen la delicia de los inteligentes y dan muy ventajosa idea de la suntuosidad y del buen gusto de los edificios de la grandeza romana, y señaladamente de los que existían en el Foro de Trajano, de donde proceden la mayor parte.

En la tercera sala el principal objeto que la enriquece es la bella estatua de Antinoo, que fué encontrada en Ostia, en 1798, y estuvo colocada en el departamento del Nuevo Brazo, en el Vaticano.

En medio de la cuarta sala se admira una soberbia taza de mármol de color, de forma rara y artísticamente esculpida; fué descubierta cerca del santuario de la *Scala Santa*. A la derecha se ve la estatua de Germánico, y á la izquierda la de un Fauno, y en frente de las ventanas la de Marte; las tres muy bellas. En esta sala hay un considerable número de cipos sepulcrales, que fueron descubiertos en diversas épocas, en la *Via Appia*.

El más rico ornamento de la quinta sala, es sin duda, el bellissimo ciervo en mármol gris, que fué hallado en un sitio no distante de la Puerta *Portese*. De los otros mármoles que hay en esta sala, merecen mencionarse como de gran mérito, dos bonitos hermes de faunos, una estatua de Esculapio, una musa y una vaca, todo de mármol blanco.

Llámase de los Césares á la sexta sala, que encierra ocho admirables estatuas de individuos de la familia imperial; son dos mujeres y seis hombres, de éstos, dos se hallan mutilados. A la derecha entrando, se ve primeramente la estatua de Germánico; siguen las de Tiberio, Agripina, de Claudio, de Druso, y otra de Germánico; del lado de las ventanas está la de Livia; estos mármoles son reputados como un modelo de la escultura greco-romana.

La sétima sala es una de las que más llaman la atención del visitante. No puede penetrarse en ella sin sentirse sobrecogido de un sentimiento de sorpresa y admiración al ver una magnífica estatua de mármol que se percibe de frente al entrar. Es una obra maestra de la escuela griega, que representa á un filósofo ú orador, á cuyos pies hay un rollo de papeles. Se ha creído que es Sófocles. Hay en esta figura tanta verdad en la expresión, tal sublimidad en el arte, sobre todo, un aire de dignidad tan noble en la postura, que se ve aquel mármol lleno de vida, y se espera oír de sus labios palabras de sabiduría y elocuencia. Este precioso monumento, superior á todo elogio, fué donado al museo por la ilustre familia Antonelli, que lo descubrió en las cercanías de Terracina, (la antigua *Anxur*). Otro soberbio monumento llama la aten-